

# CARMEN BIANCHI

@carmenbianchii\_

Lo que  
siempre quise  
decirte



# *Lo que siempre quise decirte*

Carmen Bianchi

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Carmen Bianchi, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30923-9

Depósito legal: B. 14.649-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

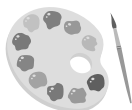
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



## Capítulo 1



### *Claudia*

Maletas y cajas por el suelo, la cama invadida de ropa, las estanterías semivacías, marcos sin fotos y la que ha sido mi habitación durante años de repente patas arriba, arrasada. Por cierto, mi nombre es Claudia y, como podéis intuir, sí, estoy a punto de mudarme de casa de mis padres. No es que no me guste vivir aquí o, como mucha gente dice, «Esto se me queda pequeño». No. Solo voy en busca de una oportunidad a Madrid, la ciudad en la que se supone que las encuentras.

—Cariño, te he preparado estos táperes. Irte a la capital y estrenar una vida completamente distinta es un reto, solo faltaría que no comieras.

Si de algo me he dado cuenta con los años es de que, pase el tiempo que pase, mi madre siempre me va a ver como a una niña, así que, por supuesto, me seguirá abasteciendo con toneladas de táperes cada vez que me vea.

A todo esto, no puedo parar de pensar en la empresa de mudanza que se encargará de trasladar mis pertenencias; llega con retraso, estupendo. Poco se habla de lo que es llevarte una vida entera a cuestas. Cuando tuve que decidir qué iba a meter en

cajas y qué se venía conmigo a Madrid en mi equipaje, se me plantearon un montón de dudas, y me dije que no me quedaba otra que tomar decisiones trascendentales. Pero, en cuanto ellos me dijeron que me traerían las cosas al día siguiente de mi llegada, os aseguro que respiré de otra manera.

Puede que sea de esa clase de personas que piensan demasiado y se preocupan en exceso de las cosas, pero, solo de imaginar que mis cuadros, mis pinturas, mi armario al completo y un montón de recuerdos podrían perderse o quedar a la deriva al puro estilo *Lost*, no me hace ninguna gracia, francamente.

«¿Me puede llamar ya esta gente, que estoy rodeada de cajas y tengo el tiempo en la garganta?».

Mi padre está en el salón viendo los deportes en la tele, tal y como lleva haciendo toda la vida, al menos desde que tengo uso de razón. Algo me indica que quiere aparentar normalidad porque el hecho de que «su niña» ya no vaya a vivir cerca de él no lo lleva nada bien. Él es así, le cuesta expresar y gestionar las emociones.

Suena mi teléfono. Adivinad: son los señores de la mudanza pidiéndome disculpas por el retraso. Están aparcando fuera. Rezad para que llegue al aeropuerto con tiempo suficiente de embarcar o voy a perder mi vida en el intento.

En cuanto aparecen, les doy indicaciones de lo que tienen que llevarse y comienzan a cargar las cajas en el camión. Les insisto en que sean cuidadosos con las que son delicadas, en las que específicamente pone FRÁGIL. En verdad no sé si estoy pidiendo demasiado, pero avisados están. Cuando terminan y se van, entro en el salón.

—Papá, me voy ya.

—Hija, avisa cuando llegues —me pide mirándome con ojos vidriosos, pero a la vez aguantándose las ganas de llorar.

Mientras nos despedimos, me queda claro que no tenía asumida mi marcha, como yo bien sospechaba.

—Sí, papá, te aviso en cuanto llegue.

—Recuerda lo que te ha dicho tu madre y cuídate mucho.

—Lo haré, papá...

—Y ya sé que tienes ahorros, cariño, pero vivir en Madrid empezando de cero va a ser muy complicado. Tu madre y yo queremos darte un pequeño empujón... y, si más adelante necesitas algo, por favor, no lo dudes, cuenta con nosotros.

Acepto el sobre que me tiende, miro en su interior y me quedo flipando. No sé exactamente cuánto dinero hay ahí metido, pero por lo bajo pillo que más billetes de cincuenta juntos que pijamas en mi armario. Y tengo muchos, muchísimos.

—Papá, no sé ni qué decirte.

—Pues un «gracias» estaría bien, que educarte no me ha costado poco, niña —me dice riéndose al tiempo que extiende los brazos para que nos abracemos—. Estaremos al otro lado del teléfono siempre que nos necesites y, sí, puedes volver también sin preguntarlo.

—Lo sé, papá.

Mi padre y yo siempre hemos estado muy unidos. Los dos estamos tristes, pero, a diferencia de él, yo llevo una mochila cargada de ilusiones que me pesa más.

—Te quiero.

—Y yo, papá.

Mi madre no quiere quedarse atrás y, aparte de toda la cantidad de táperes que me tiene preparados, también desea aportar su granito de arena. No definiría a mi madre como una persona muy sentida que digamos, más bien es una mujer práctica a la que la vida le ha enseñado a base de palos y ella ha tenido que adaptarse. Pero, en esta ocasión, la percibo especialmente sensible.

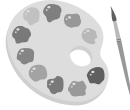
—Hija, sé feliz y disfruta de todo lo que te venga. Y recuerda que siempre podrás regresar a casa con nosotros. Te queremos.

—Gracias, mamá. Prometo comerme todo eso antes de que se estropee. Os quiero.

Y, tras despedirme, salgo de casa.

¿Conoces esa sensación de nostalgia cuando te vas de un sitio y empiezas a echarlo todo de menos? Me refiero a que sabes que ese es un punto de inflexión, que, desde el momento en que decides irte, tu vida ya no va a ser la misma. Por ejemplo, ya no compraré ese pan tan bueno en la panadería de siempre, ni tampoco volveré a cruzarme con mi vecina del octavo, esa señora de edad bastante avanzada que padece una enfermedad neurodegenerativa y cuyas mañanas se resumen en subir y bajar del ascensor sin parar. Con esto lo que quiero decir es que la chica que se está yendo a Madrid ya nunca será la niña que vivía aquí.

## Capítulo 2



*Claudia*

—¡Mierda! —exclamo cabreada.

Queda poco más de una hora para que salga el avión y, como siempre, voy justa y viviendo al límite. Suerte que no tengo que facturar.

No es que suelen dominarme las emociones, pero hay una en concreto que a menudo lo hace: la ansiedad. Y si a eso le sumamos lo desastre que soy con la gestión del tiempo, ahora mismo estoy ante un nerviosismo absoluto.

—Al aeropuerto, por favor —le indico al taxista con tono de «Llego tarde, apura todo lo que puedas».

—Perfecto, señorita. ¿A dónde viaja?

Nunca me ha gustado dar conversación a alguien si no me apetece, como es el caso, pero hay personas con las que, por más que intentes evitarlo poniéndote los cascos, haciendo ver que te llaman por teléfono o directamente simulando estar concentrada en cualquier cosa, no cuela. Sus ganas de hablar pueden con todo eso y más. Para muestra, este taxista.

—A Madrid.

—Anda, ¿y eso? ¿De vacaciones?



—No, a vivir allí.

Quizá estoy siendo un poco cortante, pero es que no lo conozco de nada y las preguntas tan directas me hacen sentir incómoda.

—Madrid es una gran ciudad. ¿Qué va a hacer una chica como tú en un sitio como ese?

Lo primero que se me ha pasado por la cabeza al oír esa frase ha sido «Pedazo imbécil, ¿en qué momento te he brindado tanta confianza como para que me tutees y me sueltes un comentario de este tipo?». Estoy superdecidida a pararle los pies, pero, de nuevo, la Claudia educada y agradable responde a su pregunta pasando por alto lo a disgusto que me ha hecho sentir.

—Estudié Bellas Artes, soy pintora. Mi intención es abrirme camino profesional en la capital.

Mientras pronuncio cada palabra me voy arrepintiendo por segundos. No sé en qué momento he decidido que era buena idea facilitarle tanta información sobre mí a un tío que debería limitarse a llevarme al aeropuerto y cuyo comentario anterior, fuera de lugar, me ha hecho sentir cero cómoda.

—O sea..., eres «artista», ¿no? —suelta arqueando una ceja y asintiendo pagado de sí mismo, como si fuese un entendido total en la materia.

—Algo así, sí —contesto seca y con muchas ganas de que gire la rotonda para entrar ya en el aeropuerto.

—Cuando seas una pintora reconocida, acuérdate de mí, guapa.

Oye, de verdad, ¿alguien les puede decir a estos «señoros» que esos comentarios solo causan repugnancia?

—Déjeme aquí mismo —le indico en cuanto puede parar el taxi.

Pago la carrera y me bajo del vehículo. El hombre también baja y saca mi equipaje y la bolsa llena de táperes del maletero.

—Aquí tienes, preciosidad...

—Claudia, me llamo Claudia —lo corto—. Adiós.

—Adiós, ricura.

Giro sobre los talones y tiro del asa de mi trolley. Una vez dentro del recinto, me voy directa a «Salidas». Llegar con tan poco margen a un aeropuerto es una experiencia que recomiendo evitar a todo el mundo. Lo peor es que ya sé que lo paso fatal, pero jamás le pongo remedio. Respecto al tema de la gestión de tiempo soy realmente nula, y encima suelo tener problemillas con mis maletas, así que es horrible. Esta vez, sin embargo, la suerte me sonríe y esta pasa el control de seguridad a la primera. Aunque... os doy un consejo: jamás intentéis embarcar con un bolsón hasta arriba de táperes. *Spoiler*: sale mal.

—¡¡Cuidado!! —exclama de repente el policía que está al lado del arco de seguridad.

Y cuando miro al suelo..., en efecto, compruebo que ahí están todos y cada uno de los platos que me ha preparado mi madre. En mi cabeza solo soy capaz de oír su voz diciéndome «Te dije que fueras con cuidado, que se te podían caer». Menos mal que no ha visto este estropicio, porque entonces ya no solo habría pasado vergüenza por el desastre que he provocado, sino también por la bronca.

Me digo que hay algo simbólico en este momento. Lo único que me llevaba de mis padres está en el suelo, esparcido por todas partes, y pienso en que ahora sí que los dejo atrás.

El servicio de limpieza aparece enseguida, lógicamente los han llamado por los altavoces, y yo estoy a punto de pillarle una fregona a una de las chicas para, al menos, echar una mano y ayudar a recoger este desastre, pero su mirada asesina me deja

claro que ni me acerque, así que me dirijo a mi puerta de embarque y me pongo a la cola.

Una vez dentro, ese olor tan característico de los aviones me inunda y siento una emoción en la boca del estómago; esto cada vez es más real. Cuando por fin localizo mi plaza y me siento, suspiro; a pesar del retraso de los de la mudanza, del cretino del taxista, de llegar justa de tiempo, del estropicio de los táperes..., aquí estoy. Si esto es un presagio de lo que me espera en Madrid, no voy a aburrirme, pero lo voy a lograr.

—Buenos días —me saluda la azafata mientras nos cruzamos por el pasillo.

—Buenos días —le respondo amablemente.

Siempre me alucina lo bien peinadas e impolutas que van.

Saco el móvil para avisar a mis padres de que he llegado sin problemas y que en breve volaremos. Abro el grupo de familia y escribo:

**Claudia:** Todo bien, despegó ya.

**Mamá:** Buen viaje, avisa cuando aterrices.

Añade a ese texto el emoticono de una cara sonriente y el de un avión.

Tengo que reconocer que, cada vez que hace esas cosas, la ternura me invade. Pongo el modo avión en el móvil y me coloco los cascos para escuchar algunas canciones. El despegue siempre me pone algo tensa y, según dicen, la música amansa a las fieras.

Observo cómo las azafatas explican, también con mímica, los procedimientos de evacuación del avión y dónde están las salidas de emergencia, por si hay un accidente en pleno vuelo.

Debo admitir que no presto atención a sus explicaciones, como mucha otra gente..., pero verlas hacer todos esos gestos con la música de fondo hace que me entre la risa tonta. Sí, llamadme «básica», pero parece que estén llevando a cabo una nueva coreografía de TikTok.

Miro por la ventanilla y, cuando ya estamos surcando las nubes, soy plenamente consciente de que comienza mi aventura. Madrid, allá vamos.